

INTRODUCCIÓN

PUEDE QUE USTED SUFRA DE CAPITALISMO

La tesis de este libro puede resumirse de forma sucinta: el capitalismo no regulado es malo para las mujeres y si adoptamos algunas ideas del socialismo la vida de estas mejorará. Cuando se lleva a cabo de forma adecuada, el socialismo fomenta la independencia económica y mejora las condiciones laborales, la conciliación laboral y familiar y, sí, incluso las relaciones sexuales. La búsqueda de un futuro más brillante exige aprender de los errores del pasado, sin olvidar una evaluación ponderada de la historia del socialismo de Estado del siglo xx en Europa del Este.

Es sencillo. Si estos frutos del socialismo son de su agrado, acompáñeme y exploremos una posible forma de cambiar las cosas. Si no acaba de entender por qué el sistema económico capitalista resulta especialmente negativo para las mujeres y tiene dudas de que del socialismo se pueda derivar algo bueno, este breve tratado le resultará esclarecedor. Si las vidas de las mujeres le importan un pepino porque es un trol de Internet y un misógino de derechas, ahórrese el dinero y vuelva enseguida al sótano de sus padres porque este libro no es para usted.

Por supuesto, se puede argumentar que el capitalismo desregulado es un asco para casi todo el mundo, pero mi intención es centrarme en explicar que el daño que inflige a las mujeres es desproporcionado. Los competitivos mercados laborales discriminan a quienes la biología reproductiva hace principales responsables de la procreación. En la actualidad, esto afecta a los seres humanos a los que al nacer, en el hospital, les ponen gorritos rosas y la letra F en la pulserita identificativa (como si ya hubieran fracasado por no haber nacido niños). Los competitivos mercados

laborales también devalúan a las personas de quienes se espera una mayor dedicación a los cuidados infantiles. Aunque en esta materia las actitudes de la sociedad han evolucionado, es creencia generalizada, a causa de nuestra idealización de la maternidad, que los bebés necesitan a sus madres mucho más que a sus padres, al menos hasta que alcanzan la edad de practicar algún deporte.

Hay quien alega que el capitalismo desregulado no es malo para todas las mujeres. Es cierto: para las que tienen la suerte de estar en la cúspide de la distribución de la renta el sistema funciona bastante bien. Aunque las mujeres que ocupan cargos ejecutivos también padecen la brecha salarial de género y, si consideramos la situación en su conjunto, siguen subrepresentadas en los puestos directivos, es verdad que las Sheryl Sandberg del mundo se las apañan estupendamente. En cualquier caso, el acoso sexual continúa retrasando el ascenso incluso de las que están en la cima, y aún son demasiadas las mujeres que creen que si pretendes jugar en primera te toca apretar los dientes y pasar por alto los manoseos y las insinuaciones no deseadas. La raza también desempeña un papel importante: en conjunto, a las mujeres blancas les va mucho mejor que a las de color. Pero cuando analizamos la sociedad como un todo, vemos que las mujeres tienen más dificultades en los países cuyos mercados están menos coartados por la regulación, la carga fiscal y las empresas públicas que en aquellos en los que el Estado reinvierte sus ingresos en el incremento de la redistribución de la riqueza y de las redes de protección social.

Da igual la fuente de datos que se elija: la historia es siempre la misma. El desempleo y la pobreza se ceban en las madres; al mismo tiempo, los empleadores discriminan a las mujeres sin hijos porque podrían querer tenerlos más adelante. En Estados Unidos, en 2013, las mujeres mayores de sesenta y cinco años sufrían índices de pobreza muy superiores a los de los hombres y tenían una mayor presencia en la categoría de «pobreza extrema». A nivel mundial, las mujeres soportan índices más elevados de penuria económica. Con frecuencia son las últimas a las que se contrata y las primeras a las que se despide durante las recesiones cíclicas, y si encuentran empleo se les paga menos que a los hombres. Cuando los Estados necesitan reducir el gasto público en educación, sanidad o pensiones

de jubilación, son las madres, las hijas, las hermanas y las esposas las que tienen que soportar esa carga, desviando sus energías hacia el cuidado de menores, personas enfermas y ancianas. El capitalismo medra con el trabajo no remunerado en el hogar que realizan las mujeres porque estos cuidados sostienen un sistema tributario menos impositivo. Y menos impuestos significan más beneficios para los que están arriba, que son casi todos hombres.¹

El capitalismo, sin embargo, no ha sido siempre tan salvaje. Durante gran parte del siglo xx, el socialismo de Estado suponía un reto existencial para los peores excesos del libre mercado. La amenaza de las ideologías marxistas obligó a los Gobiernos occidentales a ampliar sus redes de protección social para defender a la clase trabajadora de los inevitables pero impredecibles ciclos de auge y caída de la economía capitalista. Tras el derrumbe del Muro de Berlín, muchos celebraron el triunfo de Occidente, relegando las ideas socialistas al vertedero de la historia. Sin embargo, pese a todos sus defectos, el socialismo de Estado era importante porque ponía coto al capitalismo. Y es que fue precisamente en respuesta a un discurso global de derechos sociales y económicos (un discurso que no solo atraía a las poblaciones progresistas de África, Asia y Latinoamérica, sino también a muchos hombres y mujeres de Europa Occidental y Norteamérica) que la clase política aceptó la mejora de las condiciones laborales de los trabajadores asalariados y creó programas sociales para la infancia y las personas pobres, ancianas, enfermas y con discapacidad, mitigando así la explotación y el aumento de la desigualdad de ingresos. Aunque existieron precedentes importantes

¹ Hess, C. y S. Roman, «Poverty, Gender, and Public Policies», IWPR Briefing Paper, 29 de febrero de 2016, disponible en iwpr.org/publications/poverty-gender-and-public-policies. Shriver, M., «The Female Face of Poverty», *The Atlantic*, 8 de enero de 2014. Cubanski, J., G. Casillas y A. Anthony Damico, «Poverty Among Seniors: An Updated Analysis of National and State Level Poverty Rates Under the Official and Supplemental Poverty Measures», KKF.org, 10 de enero de 2015, disponible en www.kff.org/medicare/issue-brief/poverty-among-seniors-an-updated-analysis-of-national-and-state-level-poverty-rates-under-the-official-and-supplemental-poverty-measures. Moore, H., «Living Longer and Earning Less: Are Elderly Women Doomed to Be Poor?», *The Guardian* [Londres], 26 de septiembre de 2013, disponible en www.theguardian.com/money/us-money-blog/2013/sep/26/are-elderly-women-doomed-poverty.

en la década de 1980, con la caída del socialismo de Estado el capitalismo se sintió libre para acabar con las ataduras de la regulación del mercado y la redistribución de la renta. Sin la inquietante amenaza de una superpotencia rival, los últimos treinta años de neoliberalismo global han sido testigos de una rápida reducción de los programas sociales que protegían a la ciudadanía de la inestabilidad cíclica y de las crisis financieras, los cuales limitaban la enorme desigualdad existente entre los que están en la parte alta de la distribución de la renta y los que están en la más baja.

Durante gran parte del siglo xx, los países capitalistas de Occidente también se esforzaron en superar a los de Europa del Este en el ámbito de los derechos de las mujeres, lo que impulsó cambios sociales de carácter progresista. Por ejemplo, en la URSS y en Europa del Este el socialismo de Estado logró proporcionar con tal eficacia oportunidades económicas fuera del hogar a las mujeres que, durante las dos décadas que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial, el trabajo remunerado de estas se consideró uno más de los males del comunismo. Según el estilo de vida estadounidense, los hombres eran el sostén de la familia y las mujeres cuidaban el hogar. Poco a poco, sin embargo, la defensa socialista de la emancipación femenina empezó a hacer mella en el ideal de la esposa perfecta y el marido proveedor. Cuando en 1957 los soviéticos lanzaron el Sputnik, los dirigentes estadounidenses se replantearon el coste de los roles de género tradicionales. Temían que el bloque socialista jugase con ventaja en la carrera por el desarrollo tecnológico al contar con el doble de fuerza intelectual, pues las rusas recibían formación y las mejores y más brillantes eran encauzadas hacia la investigación científica.²

En 1958, intimidado por la superioridad del Bloque del Este en la carrera espacial, el Gobierno estadounidense aprobó la Ley Nacional para la Defensa de la Educación (LNDE). Pese a la inercia cultural que llevaba a las mujeres a asumir el papel de esposas económicamente dependientes, la LNDE creó nuevas oportunidades para que las jóvenes con talento pudiesen estudiar ciencias y matemáticas. Tres años después, en 1961, el presidente John F. Kennedy

² May, E., *Homeward Bound: American Families in the Cold War Era*, Nueva York: Basic Books, 1988.

firmó la Orden Ejecutiva 10980, que establecía la primera Comisión Presidencial sobre la Situación de las Mujeres y en la que se evidenciaba una cierta preocupación por la seguridad nacional. Esta comisión, presidida por Eleanor Roosevelt, sentó las bases del futuro movimiento por los derechos de las mujeres en Estados Unidos. A la sociedad estadounidense le esperaba una nueva conmoción en 1963, cuando Valentina Tereshkova se convirtió en la primera mujer cosmonauta tras pasar más tiempo en órbita que todos los astronautas estadounidenses juntos. Además, el dominio de la URSS y los países del Este en los Juegos Olímpicos incentivó la aprobación del Título IX, que alentaba a Estados Unidos a entrenar a más mujeres deportistas con el fin de que pudieran arrebatar las medallas de oro a sus enemigos ideológicos.³

En respuesta a la capacidad que el socialismo de Estado mostraba para las ciencias, el Gobierno estadounidense encargó un importante estudio titulado «Las mujeres en la economía soviética». En 1955, 1962 y 1965 se realizaron visitas a la URSS para examinar las políticas soviéticas destinadas a integrar a las mujeres en la población activa, las cuales servirían de inspiración a los legisladores estadounidenses. «En los últimos años, la preocupación por el desperdicio del talento y el potencial de trabajo femenino ha llevado a la creación de la Comisión Presidencial sobre la Situación de las Mujeres, que ha publicado una serie de informes sobre diversos problemas que afectan a las mujeres y a su participación en la vida económica, política y social», comenzaba el informe de 1966. «Para formular cualquier política destinada a mejorar el aprovechamiento del potencial de las estadounidenses, es importante conocer la experiencia de otras naciones en el uso de sus capacidades. Por este motivo y muchos otros, la experiencia soviética

³ Senado de Estados Unidos de América, «Sputnik Spurs Passage of the National Defense Education Act», 4 de octubre de 1957, disponible en www.senate.gov/artandhistory/history/minute/Sputnik_Spurs_Passage_of_National_Defense_Education_Act.htm. Kennedy, J. F., «Executive Order 10980—Establishing the President's Commission on the Status of Women», 14 de diciembre de 1961, disponible en www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=58918. Sharp, T., «Valentina Tereshkova: First Woman in Space», Space.com, 22 de enero de 2018, disponible en www.space.com/21571-valentina-tereshkova.html. Ware, S., *Title IX: A Brief History with Documents*, Long Grove, Illinois: Waveland, 2014.

resulta de particular interés en este momento». El precedente que había sentado el socialismo de Estado en los países de Europa del Este influyó en los políticos estadounidenses en el mismo momento histórico en que Betty Friedman publicaba *La mística de la feminidad*, donde desvelaba el alto nivel de insatisfacción de las mujeres blancas de clase media con sus vidas, circunscritas al ámbito doméstico. Por supuesto, en el clima político actual resulta difícil imaginar que la rivalidad entre dos superpotencias llegase a encender la chispa del interés por la situación de las mujeres.⁴



En la actualidad hay un renacimiento de las ideas socialistas, pues en varios países, como Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Grecia o Alemania, la juventud ha vuelto a ilusionarse con políticos como Bernie Sanders, Jean-Luc Mélenchon, Jeremy Corbyn, Yanis Varoufakis y Sahra Wagenknecht. La ciudadanía desea un camino político alternativo que conduzca a un futuro más igualitario y sostenible. Para avanzar debemos ser capaces de hablar del pasado sin dejarnos llevar por la ideología y sin idealizar ni demonizar nuestra propia historia ni los logros del socialismo de Estado. Por un lado, cualquier descripción rigurosa de lo que fue el socialismo de Estado en el siglo xx se topará, inevitablemente, con la furia y la indignación de quienes insisten en que aquello fue pura maldad. En palabras del escritor checo Milan Kundera en su célebre obra *La insoportable levedad del ser*: «Quienes luchan contra lo que llamamos regímenes totalitarios no pueden actuar con dudas e interrogantes. Ellos también necesitan certezas y verdades sencillas, comprensibles para la mayoría de la gente y capaces de provocar lágrimas colectivas».⁵ Por otro lado, en la actualidad, algunos jóvenes reclaman alegremente «comunismo

⁴ Dodge, N. T., *Women in the Soviet Economy: Their Role in Economic, Scientific, and Technical Development*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1966.

⁵ Kundera, M., *The Unbearable Lightness of Being*, Nueva York: Harper Perennial, 2009, p. 254 [trad. cast.: *La insoportable levedad del ser*, Barcelona: Tusquets, 2008].

pleno ya», pero los *millennials* de izquierdas tal vez desconozcan (o prefieran ignorar) los auténticos horrores infligidos a la ciudadanía en los Estados con un partido único. Las truculentas historias sobre la policía secreta, la restricción de movimientos, el desabastecimiento y los campos de trabajo no son propaganda anticomunista. Nuestro futuro colectivo depende de que seamos capaces de analizar el pasado con rigor para poder descartar lo malo y seguir adelante quedándonos con lo bueno, en especial en lo tocante a los derechos de las mujeres.

Desde mediados del siglo XIX, los teóricos sociales europeos han señalado que las mujeres sufren una clara desventaja en un sistema económico que prioriza los beneficios y la propiedad privada por encima de las personas. En la década de 1970, las feministas socialistas estadounidenses ya afirmaban que acabar con el patriarcado no era suficiente, pues la explotación y la desigualdad perdurarían mientras las élites financieras siguieran construyendo sus fortunas a costa de mujeres dóciles que traían trabajadores al mundo a cambio de nada. Estas primeras críticas, sin embargo, se basaban en teorías abstractas con pocas pruebas empíricas que las sustentaran. Poco a poco, a lo largo de la primera mitad del siglo XX, los nuevos Gobiernos europeos del socialismo democrático y el socialismo de Estado comenzaron a poner en práctica estas teorías. En Alemania Oriental, Escandinavia, la URSS y Europa del Este, los dirigentes políticos apoyaron la idea de la emancipación de la mujer por medio de su incorporación completa a la población activa. Estas ideas no tardaron en extenderse a China, Cuba y varios países de todo el mundo recién independizados. Los experimentos con la independencia económica de las mujeres impulsaron el movimiento por los derechos de las mujeres del siglo XX, revolucionando las opciones vitales que se abrían ante ellas, antes confinadas a la esfera doméstica. Y en ninguna otra parte del mundo había más mujeres en la población activa que en los países gobernados por el socialismo de Estado.⁶

⁶ Organización Internacional del Trabajo, *Women in Economic Activity: A Global Statistical Survey (1950–2000)*, Santo Domingo: OIT e INSTRAW, 1985.

La emancipación de las mujeres permeaba la ideología de casi todos los regímenes basados en el socialismo de Estado. Son famosas las declaraciones de la revolucionaria francorrusa Inessa Armand, que afirmaba: «Si la liberación de las mujeres es impensable sin el comunismo, el comunismo es impensable sin la liberación de las mujeres». Aunque existían importantes diferencias entre países, y ninguno de ellos llegó a alcanzar la igualdad en la práctica, sí es cierto que estas sociedades invirtieron importantes recursos en la educación y la formación de las mujeres para fomentar su presencia en profesiones tradicionalmente dominadas por hombres. La comprensión de las exigencias biológicas de la reproducción tuvo como consecuencia que se intentase socializar el trabajo doméstico y los cuidados infantiles estableciendo una red pública de guarderías, escuelas infantiles, lavanderías y comedores. Las bajas por maternidad prolongadas y con protección del puesto de trabajo, así como las prestaciones por hijo, permitieron que las mujeres alcanzasen un mínimo equilibrio en la conciliación del trabajo y la familia. Es más, durante el siglo xx, el socialismo de Estado mejoró las condiciones de vida de millones de mujeres: se redujo la mortandad maternoinfantil, aumentó la esperanza de vida y el analfabetismo prácticamente desapareció. Por poner un ejemplo: en 1945, antes de la instauración del socialismo, la mayoría de las albanesas eran analfabetas. Solo diez años después, toda la población menor de cuarenta años sabía leer y escribir, y a mediados de la década de 1980 las mujeres componían ya la mitad del alumnado universitario.⁷

Aunque cada país adoptó una política diferente, en general el socialismo de Estado redujo la dependencia económica de las mujeres respecto de los hombres al hacer a ambos beneficiarios de los servicios del Estado socialista. Estas políticas ayudaron a desvincular el amor y la intimidad de consideraciones económicas. Cuando las mujeres disfrutaban de sus propias fuentes de ingresos y el Estado garantiza la seguridad social en la vejez, la enfermedad

⁷ Inessa Armand citada en Clements, B. E., *Bolshevik Feminist: The Life of Aleksandra Kollontai*, Bloomington: University of Indiana Press, 1979, p. 155. Tarifa, F., «Disappearing from Politics (Albania)», en M. Rueschemeyer (ed.), *Women in the Politics of Postcommunist Eastern Europe*, Armonk, Nueva York: M. E. Sharpe, 1988, p. 269.

y la discapacidad, las mujeres no tienen motivos económicos para permanecer atadas a relaciones abusivas, alienantes o insanas por el motivo que sea. En algunos países, como Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria, Yugoslavia y Alemania Oriental, la independencia económica de las mujeres se tradujo en una cultura en la que las relaciones personales podían establecerse sin influencias del mercado. El matrimonio por dinero ya no era necesario.⁸

Por supuesto, al igual que podemos aprender de las experiencias de Europa Oriental, no debemos ignorar sus aspectos negativos. Cuando se hablaba de los derechos de las mujeres en el Bloque del Este no se incluía a las parejas homosexuales ni se pensaba en la disconformidad de género. En los Estados en los que existía el aborto libre, este se utilizaba como el principal método anticonceptivo. En la mayoría de estos países había un fuerte fomento de la natalidad, y en Rumanía, Albania y la URSS estalinista se obligaba a las mujeres a tener hijos indeseados. Los Gobiernos del socialismo de Estado reprimieron el debate sobre el acoso sexual, la violencia doméstica y la violación. Además, pese a los intentos de fomentar la participación de los hombres en el trabajo doméstico y la crianza, la resistencia masculina al cuestionamiento de los roles tradicionales de género fue mayoritaria. Muchas mujeres sufrieron la doble carga del empleo formal obligatorio y el trabajo doméstico, como tan bien refleja Natalya Baranskaya en su magnífica novela *Неделя как неделя* (Una semana cualquiera). Por último, ninguno de estos países promovió los derechos de las mujeres con la finalidad o la intención de favorecer su individualidad ni su autorrealización, sino en cuanto que trabajadoras y madres, para que participaran de una forma plena en la vida colectiva de la nación.⁹

Tras la caída del Muro de Berlín, en 1989, los nuevos Gobiernos democráticos se apresuraron a privatizar los activos estatales y desmantelaron las redes de protección social. En estas nuevas

⁸ Verdery, K., *¿Qué era el socialismo y por qué se desplomó?*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017. McLellan, J., *Love in the Time of Communism: Intimacy and Sexuality in the GDR*, Nueva York: Cambridge University Press, 2011. En próximos capítulos se analizarán otras fuentes.

⁹ Gal, S. y G. Kligman, *The Politics of Gender After Socialism: A Comparative Historical Essay*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2000.

economías capitalistas emergentes, los hombres recuperaron sus roles «naturales» como patriarcas familiares y se dio por sentado que las mujeres volverían al papel de madres y esposas mantenidas por sus maridos. Por toda Europa del Este, los nacionalistas pos-1989 argumentaban que la competencia capitalista liberaría a las mujeres de la famosa doble carga y restauraría la armonía familiar y social, permitiendo que los hombres reafirmasen su autoridad masculina como sostén de la familia. Esto, sin embargo, significaba que ellos podían volver a ejercer el poder económico sobre ellas. En 2006, Dagmar Herzog, reputada historiadora de la sexualidad, mantuvo un diálogo con varios alemanes del Este, todos ellos cercanos a la cincuentena. En el transcurso de la conversación, le dijeron que «la autoestima sexual y la independencia económica de las mujeres de Alemania Oriental resultaban muy molestas. Se quejaban de que el dinero no servía de nada. Los pocos marcos extras que ganaba un médico en comparación con, por ejemplo, alguien que trabajase en el teatro, no servían en absoluto para atraer ni conservar a las mujeres, como ocurría en Occidente con el sueldo de un médico. “Había que ser interesante”. ¡Menuda presión! Y, como uno de ellos confesaba: “Tengo mucho más poder como hombre ahora, en la Alemania unificada, que en los días del comunismo”». Es más, tras la publicación en el *New York Times* de mi artículo de opinión «Why Women Had Better Sex Under Socialism» (Por qué las mujeres disfrutaban más del sexo bajo el socialismo), Doug Henwood me entrevistó en su programa de radio, *Behind the News*, y una oyente de cuarenta y seis años, nacida en la URSS, le envió un correo electrónico en el que decía que yo «lo había clavado» al describir las relaciones románticas en su antigua patria, pero también al explicar «cómo aquí [en Estados Unidos] los hombres usan el dinero para mangonear a las mujeres».¹⁰

¹⁰ Wedel, J. R., *Collision and Collusion: The Strange Case of Western Aid to Eastern Europe, 1989–1998*, Nueva York: St. Martin's, 1998. Cita de Herzog, D., «Post Coitum Triste Est...? Sexual Politics and Culture in Postunification Germany», *German Politics and Society*, vol. XXVIII, 94, marzo de 2010, pp. 111-140. Cita soviética de un intercambio personal por correo electrónico entre Doug Henwood y la autora del 18 de agosto de 2017.